

I
'DIOS ESCRIBE DERECHO
CON RENGLONES TORCIDOS'

'Siglo' – Un siglo estadounidense – La potencialidad de Alemania – El papel decisivo de Hitler – ¿1989 o 1945? – La presencia de la superpotencia estadounidense – Stalin y el repliegue del poder ruso – El fin del colonialismo – Recuperación y ascenso de China – El fin de la Edad Moderna o europea – De la democracia liberal a la universalidad de la soberanía popular

No existe, hasta donde se me alcanza, ninguna historia seria del siglo xx; pero solventarlo no es el propósito exacto de esta obra. He vivido buena parte del siglo xx. He participado en algunos de sus acontecimientos, y me he ocupado de ellos como historiador. Durante toda mi vida he sostenido, enseñado y escrito que aspirar a una historia “objetiva” y “científica” es un error, como también lo es aspirar a una historia “subjética”. Al igual que casi todos los tipos de conocimiento humano, el histórico es personal y participativo, desde el instante en que, aunque no sean idénticos, el que conoce y lo conocido nunca se dan por separado ni pueden separarse del todo. No poseemos enteramente la verdad, pero debemos buscarla. Buscar, pues, las muchas verdades –al parecer incontables e incompletas– de la historia del siglo xx es algo que merece la pena todavía, y quizá siempre.

Sirva a modo de premisa filosófica. El conocimiento o, mejor dicho, la comprensión de la historia tiene menos que ver con la definición que con la descripción. Consiste en palabras y frases que no pueden separarse de los “hechos”, que no se limitan a ser un envoltorio de los hechos. “En el principio era el Verbo”, y así será en el fin del mundo.

Algo sobre el término *century*: su significado actual de siglo no lo adquirió hasta mediados del siglo XVII, cuando apareció en inglés y en francés. Antes se refería a un regimiento de cien soldados; en latín, *centuria* (de donde viene *centurión*, su jefe). El significado nuevo fue un síntoma del surgimiento de la conciencia histórica. Como lo fue ponerles nombre a las tres edades: Antigua, Media y Moderna. Los hombres de la Edad Media no sabían que eran medievales. Sabían que las cosas estaban cambiando –unas para peor, otras para mejor–, pero nada más. *El otoño de la Edad Media*, el libro del gran historiador holandés Johan Huizinga, se publicó en 1920. Quinientos años antes, nadie, o casi nadie, habría entendido lo que significaba ese título. En el siglo XX nuestra conciencia histórica se ha desarrollado tanto, y en tantos aspectos, que va cundiendo la percepción de que nos hallamos ante el otoño de la Edad Moderna. Aún es más clara la percepción de que el siglo XX ha supuesto también el fin de la Edad Europea, que es otro importante tema, o subtema, del presente libro. A esto hay que añadir que el siglo XX ha sido (atendiendo a la historia y no a los números) un siglo corto, de setenta y cinco años, que va de 1914 a 1989, marcado por las dos guerras mundiales (seguramente las últimas), de las que fueron consecuen-

cia la revolución y el estado comunista de Rusia, con la caída del mismo al final, en 1989. (El siglo XIX histórico duró más: noventa y nueve años, desde la derrota de Napoleón en 1815 hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914).

Otra cosa. El siglo XX fue un (¿el?) siglo estadounidense. Al lector actual no le sorprenderá esta afirmación; pero sí le habría sorprendido al de antes de la Primera Guerra Mundial, e incluso al de antes de la segunda. No nos sorprende oír o leer que el siglo que va de 1914 a 1989 (e incluso más allá) ha sido un siglo estadounidense, del mismo modo que el XIX fue en gran medida británico, y el XVIII francés. Esto se refiere no solo a la fuerza militar, al poderío naval y a las posesiones imperiales, sino también a otro tipo de influencias, aunque el poderío militar y naval sea lo que más cuente. Los acontecimientos decisivos del siglo XX, las dos cordilleras que determinaron en gran parte su paisaje, fueron las dos guerras mundiales; la segunda consecuencia en buena medida de la primera, y la llamada guerra fría casi enteramente consecuencia de la segunda. Sin su alianza militar con Estados Unidos, Gran Bretaña y Rusia no hubieran podido, ni aun combatiendo juntas, ganar la Segunda Guerra Mundial; sin la entrada de Estados Unidos en la primera, los británicos y los franceses tampoco hubieran podido ganarla, al menos no en 1918. Pero estas alianzas hablaban de algo más que de poderío militar, marítimo y aéreo. Hablaban del fin de la Edad Europea. Algunos europeos lo habían reconocido ya antes de 1914, al percibir en el mapamundi que Europa era solo una península de Asia.

Los británicos –sus gobiernos sucesivos ante todo, pero también buena parte de la prensa– consideraron que debían tener buenas relaciones con Estados Unidos, y aceptar su supremacía en determinados lugares y circunstancias (algo que casi nunca habían hecho antes de 1914). Todavía en 1895 hubo una pequeña crisis entre Washington y Londres a propósito de Venezuela. Pero menos de tres años después, en 1898, el gobierno y la prensa británicos apoyaron, casi sin excepción, la decisión de Estados Unidos de ir a la guerra contra España (una guerra que provocó el primero). Desde entonces, y a lo largo de todo el siglo xx, nunca el gobierno británico se ha opuesto con firmeza a Estados Unidos. Durante los cincuenta años anteriores a 1914, creció la influencia estadounidense en la vida británica. Sir James Bryce, que fue embajador en Estados Unidos y conocía bien este país, llegó a escribir (en su libro *The American Commonwealth*): “Estados Unidos se ha anticipado en algunos aspectos a las naciones europeas. Está transitando antes por caminos que ellas seguramente seguirán”. En buena medida, en cosas que iban más allá (o por debajo) de la política. Por ejemplo, en los innumerables inventos y prácticas estadounidenses; en los países angloparlantes sobre todo, pero también en otros muchos del planeta. Más importante aún: Hitler estuvo cerca de ganar la Segunda Guerra Mundial en 1940. De no haber sido por Winston Churchill y Franklin Roosevelt, lo habría podido conseguir.

Por contra, la presencia y la influencia británicas en Estados Unidos fueron decreciendo. La emigración a este país había tenido como fuente principal las islas británi-

cas, pero el aflujo fue disminuyendo en el medio siglo anterior a 1914, un periodo en el que la inmigración desde otros países europeos no cesó de incrementarse. Theodore Roosevelt, uno de los grandes presidentes de Estados Unidos, era consciente de ello. El “nuevo nacionalismo” por el que abogó no era el nacionalismo que hoy conocemos; se trataba más bien de una exhortación a los que llegaban –procedentes en su mayor parte de los países del este y del sur de Europa– para que se americanizaran lo antes posible. Este llamamiento de Roosevelt tuvo un gran éxito durante casi todo el siglo xx. Hay distintas modalidades de nacionalismo, por supuesto, cada una con sus aspiraciones específicas. Estados Unidos encarna una de ellas. Adelantando uno de los principales argumentos de esta obra, podemos añadir que el nacionalismo (que tiene que ver con el anticuado patriotismo, pero que en realidad es otra cosa) ha sido el sentimiento político más popular y populista del siglo xx, casi en todas partes. Y lo sigue siendo.*

Hay un proverbio portugués, profundo y sabio: “Dios escribe derecho con renglones torcidos”. A los no creyentes les puede parecer discutible (a mí no), pero su significado no es que el curso de la historia mundial sea inevitable. Como tampoco lo es la historia de Estados Unidos. La historia no consiste en una infinidad de posibilidades, pero la realidad que hay detrás, durante o antes de cada acontecimiento humano está teñida de una potencialidad diferente. Por ejemplo, Alemania tenía la potencialidad de convertirse en la nación más poderosa del siglo xx. Hitler dijo una vez, hacia el final de su

* Me referiré ampliamente a ello en los capítulos posteriores.

vida, que él era “la última esperanza de Europa”. (Valiente esperanza).* Pero, por más que lo dijera, no pensaba en sí mismo como europeo. (Ni entendió lo mucho que Gran Bretaña dependía de Estados Unidos). Se cuenta que Otto von Bismarck, cerca ya del final de su vida, afirmó que el factor más importante del siglo XX sería el que los estadounidenses hablaran inglés.

Sea como fuere, la posibilidad de que Alemania se convirtiera en la potencia mundial dominante existió. Hubo ingleses y escoceses que, aunque no fueran muchos, abogaron por una alianza británica con Alemania (algunos por motivos raciales). Y en el pueblo estadounidense –así como en ciertos líderes– existía un acusado sentimiento antibritánico, aunque a la larga apenas tuviera efecto. Pero cuando se mira la historia de Europa, en especial la anterior a 1945, se aprecia que mucho de lo que pasó pudo haber sido diferente. El impacto y la influencia de Alemania –tanto en lo militar como en lo político, tanto en lo ideológico como en lo cultural e intelectual, tanto en lo industrial como en lo tecnológico– se mantuvieron pujantes en 1900, en 1914, e incluso después de la Primera Guerra Mundial, que Alemania estuvo cerca de ganar (y la segunda todavía más, al menos entre 1939 y 1942). La primera fue casi en exclusiva una “guerra europea” (como la llamó oficialmente el gobierno británico). La segunda se llevó a cabo también en otros continentes y en otros océanos; pero, contra lo que preferían muchos estadounidenses, sus dirigentes políticos y militares deci-

* El 1 de enero de 1944, Churchill dio esta instrucción a sus tres jefes de estado mayor: “Espero que en adelante se supriman las expresiones del tipo ‘invasión de Europa’ o ‘asalto a la fortaleza de Europa’”.

dieron desde el principio, de manera acertada, que la derrota de Alemania por los aliados tenía prioridad sobre la guerra de Estados Unidos contra Japón, que vendría después. Con todo, ochenta millones de alemanes hicieron frente a casi quinientos millones de británicos, estadounidenses, franceses y rusos; sobre todo en Europa, donde llevó casi seis años vencerlos.

En extremo Oriente podrían aducir que la Segunda Guerra Mundial no empezó en septiembre de 1939 en Polonia, sino en septiembre de 1931 en China: en ese mes, los ejércitos japoneses avanzaron desde Manchuria y Corea hasta China propiamente dicha, invadiendo y ocupando sus principales ciudades costeras, penetrando en el interior del país durante los siguientes diez años... y provocando al final la guerra entre Japón y Estados Unidos. Aunque esta perspectiva no deja de quedarse corta. La ambición japonesa de establecer su imperio a lo largo del extremo este del continente asiático existía desde antes de 1931. Fue algo inseparable del movimiento que también antes de ese año surgía por doquier: el del anticolonialismo, buena parte del cual se debía a los sentimientos cada vez más encontrados de los británicos y los franceses, así como de otros pueblos europeos, que se resistían a extender, e incluso a mantener, algunas de sus colonias de ultramar, la mayoría adquiridas durante el siglo XIX. Tuvo más importancia que los japoneses saludaran en 1939 el estallido de otra guerra en Europa.

En este punto debo insistir en una obviedad. Las dos guerras mundiales se desencadenaron en Europa. Los historiadores llevan cerca de cien años debatiendo los acontecimientos de 1914, los orígenes de la Primera Gue-

rra Mundial, las decisiones en cascada que condujeron a su estallido, el papel que desempeñaron estadistas y gobiernos enteros... La Segunda Guerra Mundial, en cambio, se debió a un solo hombre: Adolf Hitler. De no haberla iniciado este en 1939, ¿se habría producido otra guerra en Europa unos años después? Quizá. De no haber conquistado buena parte de Europa, ¿se habría producido una guerra entre Estados Unidos y Japón unos años después? Quizá. Pero decir “quizá” no es lo mismo que desplegar la potencialidad oculta de un determinado hecho real.

Con lo anterior en mente, permítame el lector una pregunta: ¿fue el siglo XX más corto aún de lo que me parece a mí (y presumo que les parece a otros)? ¿Y si no hubiera terminado en 1989, sino en 1945? He escrito que el paisaje histórico del siglo XX estuvo dominado por las dos grandes cordilleras de las guerras mundiales. Pero la edad de las guerras mundiales concluyó en 1945. Es posible que no haya más guerras así. Después de todo, se ha producido un cambio en la estructura misma de la historia internacional. Las guerras posteriores a 1945 han sido más reducidas; aunque la talla es lo de menos. Lo de más es que se han producido con mayor frecuencia entre naciones o tribus que entre estados. La existencia de las naciones precedió a la formación de los estados; pero las primeras sobrevivirán a los segundos, ocasionando todo tipo de problemas.